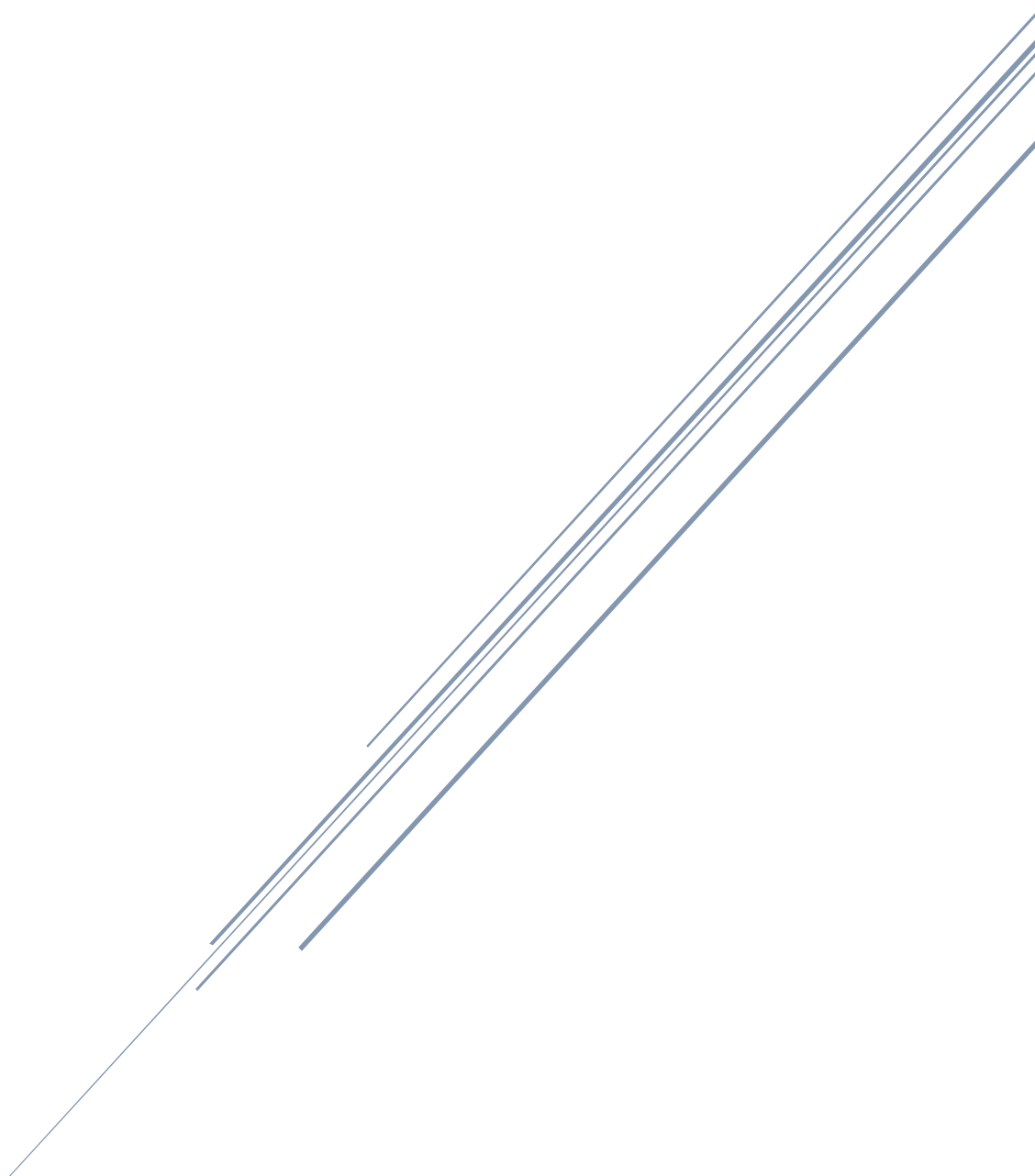


EN UN MINUTO



EN UN MINUTO

Me duele una mujer en todo el cuerpo.

JORGE LUIS BORGES

Queda un minuto. Parece que las gallinas también presienten que el tiempo se acaba y se han puesto a cacarear, como si quisieran delatarme. He guardado la pulsera de oro de mi madre y el dinero que le he ido sisando a Manolo y guardando debajo del colchón. He migado unas sopas de patatas con una ramita de albahaca, como a él le gusta. Huele la casa a guiso y a jabón de sosa. Nadie sabe lo que detesto estos olores.

Queda un minuto para que venga. Llevo tiempo amenazándole, repitiéndole que esto no puede seguir así, pero parece que no va con él. De hoy no pasa sin que le cante las cuarenta. De hoy no pasa. Se piensa que no tengo valor y que todas las barbaridades que salen como espumarajos de mi boca, porque retengo las palabras y después las escupo sin tino, son avisos que no van a ninguna parte. Se cree que voy a estar siempre aquí, en esta casa que huele a pienso de animales por más que froto, esperando a que aparezca y vuelva a salir cuando le dé la gana.

Queda un minuto para que deje la pelliza sobre el escaño de la entrada y me pregunte que qué hay hoy de comida. Comer, eso es lo único que le preocupa. Y a mí me da arcadas cocinar después de tener que matar un pollo o escarbar las cebollas y las patatas. Él viene de la taberna, de echar la partida con el compadre y de beberse los cuatro chatos que le amargan después toda la mañana, fermentándole en la boca. Dice que le duele la espalda, que le corre una culebrilla desde el pescuezo hasta el corvejón, y que así no puede atender a las bestias. Que solo sentado se le alivia la calentura de la espalda. Pero no va al médico. Dice también que los matasanos lo único que quieren es rascarle el monedero con mejunjes que le pudren el hígado. No sé a quién habrá oído semejante tontería, si a nosotros nos dan los medicamentos de balde y don Baldomero es un hombre atento. Yo sé que no quiere ir porque le aterroría escuchar que no le pasa nada y tener que doblar el lomo. Si yo hubiera escuchado a mi madre...

Queda un minuto para que abra el portón y me pregunte si he dejado pasar a las gallinas dentro de casa, porque parece que pisa arenilla al entrar, que lo mismo no son las gallinas, sino que he barrido mal la puerta. A mí me duelen las manos, coloradas como las tengo, de restregar el jabón por las baldosas, de ir y venir con el cubo y el cepillo de raíces para sacar la mugre de las grietas, y lo que menos me apetece es oír cómo se queja de que no limpio, de que en casa de Tomasa, su hermana, los calderos de cobre brillan como si fueran de oro porque los friega con limón y pimentón a partes iguales. Yo no le contesto. Me froto las manos con aceite de oliva, para que se me suavicen un poco, y me callo lo de su hermana, que después me viene con el cuento de que me gusta levantar falsos testimonios y mentiras, y que ni con mil misas a las que asista me va a perdonar Dios.

Un minuto. Solo un minuto. He dejado en la nevera un par de litros de leche fresca que he ordeñado al levantarme. La he hervido a fuego lento para que críe nata y se pueda preparar un bocadillo con azúcar por encima. Este hombre se muere de hambre si no está una encima. He rajado unos tomates de la huerta y se los he dejado en un plato, aliñados con un poco de orégano, para la cena. Con un trozo de queso que parta tendrá suficiente. Después que haga lo que quiera, que vaya a chismorrearle a su hermana que ni para guisar sirvo. Que haga lo que le dé la real gana. No dejo nada más atrás. No quiso darme gusto en tener hijos, aunque sé de buena tinta que el desgraciado va contando que no me cuajan y que cada mes los pierdo por la taza del váter. Si tuviera ahora alguna criatura, aunque fuera una sola, lucharía por ella, tendría alguna ilusión, pero así, así no. Yo no puedo pasar el día entero cuidando a los animales, ordeñando a la vaca y limpiando el gallinero, espantando las moscas que se cuelan en la casa y destripando pulgas. A él le duele la espalda, así que se sienta en la taberna y allí se relaja. Dice que es el único sitio donde parece que se le aplaca el dolor y se le olvida el martirio que le ha caído.

Queda apenas un minuto. Se lo escuché a la Antonia en el comercio y estuve dándole vueltas y vueltas. Se refería a la Reme, a la pobre Reme. Se le murió el marido de la manera más tonta un día que llovía. Que comenzó a llover como si el cielo se estuviera desplomando sobre el pueblo y —estaban cenando— una gotera, primero pequeña y después incontrolable, comenzó a anegarle la cama. Así que Federico, ni corto ni perezoso, agarró la escalera y se

encaramó a la cubierta a correr las tejas mientras la Reme le iba indicando si la cosa iba a menos o qué. ¡Qué mala suerte! ¡Tan buen hombre! Resbalar y matarse. Después, a toro pasado, todos le daban lecciones a la Reme, que habría sido mejor contener el agua a base de cubos y subirse al tejado una vez que hubiese escampado. No tenía ella bastante con perder a su hombre como para que encima le quedase la desazón de que se podía haber evitado el accidente. Y la Antonia, en el comercio, contaba que Reme había hecho las maletas y se había ido a la capital, a una portería para ganarse la vida, porque la pensión que le había quedado era muy chica y porque le había cogido aprensión a la casa, que no hacía más que ver en todos los rincones el cuerpo descoyuntado de su marido. Que se había apuntado a un curso en el barrio porque su ilusión era trabajar en un hospital de auxiliar. Y yo me quedé con la copla. Me imaginaba a Reme en la portería, barriendo un suelo que no picaban las gallinas y que olía, con toda seguridad, a cera de dar brillo. La veía sentada, repasando sus apuntes, mientras saludaba a los vecinos, personas educadas que le daban los buenos días y las buenas tardes, y que le agradecían lo limpio que lo tenía todo. Y todos esos pensamientos se me iban multiplicando en la cabeza, venga y venga, venga y venga. Me iba a la cama y me costaba conciliar el sueño con la idea de estar sola, de realizar un trabajo por el que me pagaran, aunque fuera poco, lo suficiente para vivir, y que no tuviera que dar cuentas a nadie. Pero pensaba en Manolo, en lo inútil que era, en cómo iba a sobrevivir entre tanta mierda, y se me quitaban las ganas. Apretaba los dientes y así me quedaba dormida, que me despertaba con un dolor de mandíbulas que no se lo deseo a nadie.

En un minuto, todo cambiará. He planchado un par de vestidos y poco más. Me los he probado antes, porque hacía siglos que no me los ponía. Huelen a naftalina de tantos años como llevan arrumbados en el armario, pero da igual, supongo que una vez que me los ponga se les irá la peste. Aún conservo la misma talla, aunque las carnes ya están más flácidas y no luzco como entonces. Eso me lo dice también Manolo cuando me ve frotando los baldosines de la cocina, que me cuelgan los pellejos de los brazos y que no soy ni sombra de la mujer que fui. A veces, le contesto que no será porque no me muevo y trabajo como una mula en el establo, ahuecando con la horca la paja y moviendo los fardos de acá para allá, pero me suelta que no debe de ser suficiente, que a la

vista está. Otras, me callo. Me callo casi siempre, porque después me queda un reconcomio y una rabia horribles, y se me cierra el estómago y me dan náuseas. O me salen arrugas, que creo que cada una que tengo es de una de sus payasadas. Cuando gane dinero, me compraré un traje de esos que trae Benita cuando viene al pueblo, que, al parecer, se los confecciona a medida una modista que saca los patrones de una revista de moda.

Tan solo un minuto. Un minuto para acabar con todo. Llevo unos días que solo me da por mordirme las uñas. Desde que me he enterado de que van a organizar un curso en el ayuntamiento para mujeres emprendedoras. Casi en sangre tengo los dedos. Deben de ser los nervios, cosa normal. Hoy no me ha entrado nada, y cuando estaba picando el pan de la sopa se me venían a la garganta pegotes de saliva, que los tenía que escupir y todo para poder respirar a gusto. Como una boba, he barrido diez o doce veces la casa, solo para que Tomasa, cuando entre a consolar a su hermano, no se quede mirando el suelo al través, que no tiene más ocupación cuando entra en nuestra casa que examinarlo todo. Cómo me gustaría poder decirle a Manolo que su hermana no es tan santa como él la pinta, y que va dejando deudas en las tiendas porque se funde el dinero en la tragaperras que han puesto en el bar de Anselmo, ese al que él no entra porque fue novio mío y le tiene una inquina que no lo puede ni ver. Y que, en nada, van a dejar de fiarla, y que es la comidilla del pueblo. La mala sangre que me hago cuando pienso en ella.

Ya el minuto se acaba. El tiempo lo cuento en segundos. Las gallinas lo sospechan, no hago más que espantarlas para que no se acerquen al umbral y lo ensucien con sus cagadas. Estoy segura de que estos animales barruntan algo, que me ven extraña, porque esta mañana les he dejado en los comederos una ración doble, por si a Manolo, con el disgusto y que no tiene costumbre, se le olvida. Él se levanta y me pide el café bien caliente. No sé ni cómo no se ha escaldado alguna vez la lengua de lo que le gusta que arda. Después, se asoma a la puerta a ver qué tiempo hace. A veces, me hago ilusiones y me digo: Hoy es el día, hoy se pone. Pero nada, olfatea el tiempo solo para saber si tiene que ir cargado con la zamarra o la puede dejar en la percha e ir más ligero. Por lo del dolor de espalda y eso. Entra y me pone en la mesa unos euros, los que calcula que me puedo gastar en el comercio, aunque no sabe ni cuánto cuesta una barra de pan. Eso es lo único que hace bien, administrar lo del paro, porque se da

buena maña para que su cuñado le firme unas peonadas y no pegar un palo al agua, así que el paro no falta. Si deja cinco, me guardo uno, y así es como he hecho este colchoncito con el que me voy. No sé los años que llevo ahorrando, como si adivinara que este momento iba a llegar.

Ya oigo sus pasos. La sopa hierve en el fuego, como cualquier otro día. Entra y saluda a su manera. ¿Has barrido?, me pregunta. Así como si no lo hiciera nunca, como si nunca barriera, como si estuviera mirando con los ojos de su hermana. Fuera luce un sol exagerado para ser invierno, una luz que deslumbra al entrar, pero él, aunque la casa está en penumbra, parece que tiene rayos equis en los ojos y no se le escapa detalle. Apresa hasta una mota de polvo que dance en el aire. La maleta está apoyada a un lado del zaguán. A cualquiera que entrara le llamaría la atención esa maleta de cuadros que no ha viajado nunca. No, ha viajado una vez. Sí, viajó en nuestra luna de miel, cuando fuimos a Sevilla a casa de sus tíos. Qué calor hacía en aquel piso del que no salíamos hasta que anochecía para dar un paseo por el parque de María Luisa. Después, la subimos al altillo y ya no me volví a acordar de ella. Pues Manolo ni la ha visto. Ha entrado a la sala y se ha sentado. Hoy se me ha dado bien, dice, he ganado la partida. Afortunado en el juego, desgraciado en amores, me digo. Viene contento. Seguro que trae algún vino de más. ¿Qué hay de comer? ¿Sopa?, me pregunta. Siempre hay sopa, porque dice que no le hace daño al estómago y que la carne le produce ardores. Yo creo que viene comido del bar, de los pinchos que le guisa María, y viene tan harto que solo le entra un plato de sopa. A mí me da lo mismo. Últimamente, ni apetito tengo.

Todo en el último minuto. Aquí tengo mi casa, mis gallinas, la vaca, a mis vecinas, mi rutina. En realidad, soy feliz aquí. Solo me sobra Manolo. Es a él a quien no soporto. Ya he decidido que mañana mismo me acerco al ayuntamiento para informarme de ese curso que nos tiene a todas revolucionadas. Me gustaría poner en marcha la granja con mejores medios y sacarle provecho. Le sirvo la sopa y, sin que se dé cuenta, deshago la maleta y la voy llenando con su ropa, toda la ropa limpia como la patena, y la atravieso en la puerta de la calle, para que no tenga que cargarla los metros que distan a la calle. Después, me siento a su lado y empiezo a hablar. No le dejo que me interrumpa. No se lo permito. Las palabras se me escapan sin control. Mientras se come la sopa como un día

cualquiera, le digo que tiene un minuto, un solo minuto, que ese es el tiempo que quiero que siga en esta casa.